

## Conferencia de José Álvarez Junco sobre su libro: *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. (Madrid: Taurus, 2001)<sup>1</sup>

Como ustedes podrán comprobar a lo largo de esta conferencia, el trabajo que les presento me ha llevado bastantes años, ya que me ha tocado recorrer un periodo de la Historia bastante largo. No es sólo lo que el título del libro refleja, es decir, la idea de España en el siglo XIX, sino mucho más. En este libro, he intentado remontarme a tiempos lejanos y llegar a la formación de la identidad española; en concreto, al problema que supone la adaptación de ésta a la era de las naciones. Sé que ustedes creerán que el concepto, la realidad, de *naciones* ha existido siempre, pero no es así, ni mucho menos. En las sociedades antiguas, la gente se dividía de otras muchas maneras: eran cristianos o musulmanes, nobles o plebeyos, y, por supuesto, hombres o mujeres. Las naciones se convirtieron en el criterio más importante de definición social a partir de las revoluciones liberales, o sea, a partir del XIX, y se mantienen como tal criterio significativo hoy día. Con ellas se generaron, además, los derechos políticos. Para nosotros, es fundamental ir por el mundo diciendo “yo soy alemán”, por ejemplo, y lo decimos mucho antes que “yo soy médico”, o “soy hombre”, o “soy anciano”. Nuestra nacionalidad es motivo de orgullo porque, en resumen, define nuestra identidad y de ella derivan nuestros derechos. Como digo, esto no quiere decir que antes no hubiera identidades; de hecho, la identidad española, de la que les voy a hablar a continuación, es ciertamente muy antigua, lo que ocurre es que no adquiría el sentido de nación que hoy conocemos.

Así que, entrando en materia, ¿qué era España? En principio, terminológicamente hablando, el nombre más antiguo para designar el territorio fue *Iberia*, de origen griego; lo de *Hispania* se lo colocarían los sucesores de los helenos, los romanos. Pero ¿a qué territorio respondían estas deno-

---

1 Esta conferencia está tomada de: <http://servicios.elcorreo.com/auladecultura/aula261101e.html>. Día 10 de febrero 2009.

minaciones? Desde luego, no era una nación, sino un espacio geográfico que englobaba a Portugal y que, por tanto, no coincidía con la España de hoy día. Cuando hablamos de la España romana, por ejemplo, realmente, estamos haciendo una proyección hacia el pasado de una situación actual, porque la España romana nunca existió. En todo caso, habría una Hispania romana que, por cierto, nunca fue una provincia, sino varias que, como he dicho, incluían territorio luso. Y, por supuesto, los romanos no concebían este espacio como una nación, sino como un terreno muy grande, habitado por una serie de tribus. Fue la historiografía del siglo XIX, esa visión nacionalista del pasado, la que proyectó hacia atrás las realidades de su tiempo, España, Francia, Inglaterra, Alemania, etc., e intentó encajarlas en épocas remotas para poder explicar que su ideología venía de mucho tiempo atrás, que era muy antigua. De hecho, los nacionalismos alternativos más recientes y minoritarios, surgidos de culturas no reconocidas oficialmente por los Estados, como el vasco o el catalán —cuáles, si no—, han seguido el ejemplo de sus antecesores para justificar que su existencia es poco menos que eterna. Así que no hay nada que hagan hoy día que no hiciera ya el nacionalismo español, por ejemplo, cuando se empeñaba en afirmar que los españoles opusieron resistencia a los romanos y lucharon contra ellos, lo que no es más que una falta de sentido histórico. Si a Viriato le hubieran preguntado si luchaba por España, ni siquiera hubiera entendido la pregunta. Alguien le hubiera tenido que explicar qué quiere decir eso de *España*, porque él no tenía ni la más remota idea y tampoco existían mapas que lo señalaran. Él sólo conocía unos cuantos valles y unas comarcas, ni el conjunto de la Península ni mucho menos el concepto político.

Entonces, aclarado este primer punto, ¿cuándo se empieza a hablar de esa identidad española (no de España como nación, ojo)? Con la llegada de los griegos, alrededor del siglo IX antes de Cristo, como muy pronto. Pero, para entonces, ya habían ocurrido bastantes cosas en la historia de la humanidad, en las civilizaciones que nos dejaron legado escrito y restos arqueológicos, que construyeron grandes ciudades y monumentos. Efectivamente, la fabulosa civilización egipcia, por ejemplo, había pasado por su momento de esplendor, así como las grandes civilizaciones india, china, persa, babilona, etc., y en ninguna de ellas hay la más mínima referencia a España, o Hispania, o Península Ibérica, o Iberia ¿Por qué? Por una razón que los nacionalistas españoles no entienden ni entenderán

nunca –en realidad, sean del nacionalismo que sean, los nacionalistas, en general, no comprenden estas cosas–: que España no es el centro del mundo. Obviamente, con esto, no quiero decir que el mundo tenga centro, mas, si supusiéramos alguno, éste debería ser el núcleo de desarrollo de las grandes civilizaciones; es decir, Oriente Medio, las zonas de Egipto y Persia, el cruce de los continentes europeo, asiático y africano, cerca de ese Afganistán que está tristemente de actualidad, y no la Península Ibérica. Si piensan ustedes en un mapa de entonces, ésta no sólo no se encuentra en el centro, sino que, encima, se sitúa en un extremo, en el borde último del Oeste. Por eso los romanos hablaron del *Finisterre*, del *fin de la Tierra*, y por eso, también, fue un lugar de aventuras, de exotismo. Ahí, a un sitio tan lejano, es adonde va Hércules para llevar a cabo las hazañas que los dioses le habían encomendado como castigo y ahí, donde se acaba el Mediterráneo, coloca las tremendas rocas que lo cierran, Ceuta y Gibraltar, con su inmensa fuerza de semidiós.

En esta tierra excéntrica es donde desembarcan, sucesivamente, fenicios, primero, griegos, después, y, por último, cartagineses, para establecer colonias a medida que se van haciendo con el Mediterráneo. Pero la Península Ibérica no entrará en contacto con una civilización “central” hasta la llegada de los romanos. Sólo éstos conseguirán incluirla en su imperio; en un extremo, sí, mas en un extremo perfectamente protegido porque no había enemigos: no había bárbaros del Norte que pudieran atacar como atacaban en las zonas de centro de Europa, ni ataques por mar, ni desde el Sahara. Así que se convirtió en una zona muy bien protegida, integrada y, en definitiva, romanizada. Se cubrió de ciudades, carreteras, puentes y recibió un idioma básicamente común, el latín, que lo hablaban la inmensa mayoría de los habitantes de la Península al término de esa época y que consiguió unificar, más o menos, el territorio. Ahora bien, las visiones de los nacionalismos son tan deformadoras que se han alejado de esta realidad. El nacionalismo español, en concreto, se ha basado en el mito de la independencia de España y la belicosidad de los españoles contra cualquiera que ha intentado dominarles. Cuando los libros de Historia estudiados en el XIX hablaban de la dominación romana, dedicaban casi todas sus páginas a describir cómo habían luchado los españoles contra dicha dominación romana, y había páginas y páginas sobre Viriato, sobre Sagunto contra los cartagineses, sobre Numancia contra Roma, etc. Tras

esto, en unas cuantas líneas, ventilaban esta parte histórica; esos cinco o seis siglos que, en realidad, fueron fundamentales. Sin duda alguna, las centurias de mayor paz del país, aunque, paradójicamente, siempre se les haya dado más importancia a los aspectos bélicos que a los pacíficos ¿Por qué? Porque se quería demostrar que los españoles eran, por encima de todo, amantes de su independencia y fieros luchadores por su libertad (entonces, ustedes dénse cuenta de cómo ha heredado el nacionalismo vasco los mitos del nacionalismo español, hasta qué punto son miméticos)

Para empezar a desbancar teorías, Sagunto fue una ciudad de colonización griega aliada con Roma y, por tanto, estaba básicamente habitada por colonos griegos; es decir, aunque todavía no podamos hablar de españoles para aquella época, suponiendo que pudiéramos hacerlo, ni siquiera lo serían. Y Numancia, por su parte, era una ciudad celtíbera, así que, de ser posible, tampoco podríamos confirmar su nacionalidad española. Pero es que, además, ni numantinos ni saguntinos en su totalidad entregaron sus vidas antes de ser invadidos; cuando vieron que no había nada más que hacer, dejaron la ciudad a expensas del enemigo y pusieron a salvo sus vidas, como haría cualquier persona en su sano juicio. Ahora bien, la mitología nacionalista, con esas historias de hogueras e inmolaciones que todos hemos podido leer, siempre ha insistido no sólo en la belicosidad de los españoles, sino también, visto lo visto, en su imbecilidad.

Siguiendo el acontecer histórico, termina el imperio romano y llegan los visigodos, que, según la visión nacionalista, por fin establecen una unidad política en la Península Ibérica, olvidándose de Portugal, por supuesto. Dicha unidad se conjuga, por si fuera poco, con la conversión al catolicismo. Los visigodos, cuando llegaron a España, eran cristianos que tomaban su doctrina de Arrio, quien postulaba una versión de la Santísima Trinidad que no era la aceptada por la Iglesia romana, así que habían sido declarados herejes, y fue en tiempos de Recaredo cuando decidieron convertirse, incluido el monarca, al catolicismo. De ahí que se diga que en la época visigoda fue cuando realmente se fundó la identidad española, y que, en la Plaza de Oriente, de Madrid, frente al Palacio Real, figure como primer rey de España, de los visigodos, Ataulfo, quien verdaderamente fue un caudillo, un guerrero, que recorrió Portugal e Italia para terminar entrando por los Pirineos y acabar muriendo en Barcelona dos meses después de haber entrado en la Península Ibérica y que nunca llegó

a dominar más de un 10% del territorio peninsular. Por lo que decir de éste que fue el primer rey de España es mucho decir.

¿A qué se debe esta idealización de los visigodos? Probablemente, a que, en su última etapa, cuando Recaredo se convirtió al catolicismo, el gobierno comenzó a regirse por los concilios eclesiásticos. Es decir, los reyes visigodos llegaron a un acuerdo con la Iglesia católica, con los obispos del momento, y delegaron en ellos la toma de una serie de decisiones políticas fundamentales; entre otras, la elección del rey, nada menos, ya de por sí una fuente de conflicto constante entre los visigodos. Entonces, no es de extrañar que los seculares escribas de las crónicas de aquella época la consideraran gloriosa, pacífica y maravillosa, un periodo de unión fecunda entre el pueblo y sus reyes, todos alrededor de una misma religión, a pesar de que, en realidad, no fuera una etapa ni muchos menos tranquila, siquiera en el último siglo, cuando ya eran católicos conversos. Precisamente en ese momento fue cuando hubo una serie de cruentas guerras civiles en las que uno de los bandos contó reiteradamente con enemigos exteriores tales como los musulmanes, que, a comienzos del siglo VIII, cruzaron el Estrecho de Gibraltar, entraron en la Península Ibérica y, tras una pequeña batalla entre unos 10.000 guerreros árabes y las tropas del último rey visigodo, don Rodrigo, se apoderaron de todo el territorio sin problema. No conocemos ninguna ciudad -por tanto, gran parte de lo que se nos ha contado es, como ya he dicho, mentira- que resistiera hasta el último momento; que hiciera una hoguera en el centro de la ciudad a la que se arrojaran los ciudadanos para no morir en manos enemigas. Más bien se entregaron, firmaron pactos con los invasores y sobrevivieron con bastante tranquilidad, al menos, en aquellos primeros momentos, ya que los musulmanes de aquella primera etapa eran bastante tolerantes: permitían que los católicos pudieran seguir practicando su culto, por ejemplo, e incluso reunir concilios, elegir a sus obispos, mantener, en definitiva, una organización cristiana. Claro que todo tiene una explicación, y es que a los propios musulmanes les convenía que esta situación se mantuviera; si esta gente se convertía al Islam, pagaba menos impuestos, así que preferían que no lo hicieran. De hecho, cuando esta situación cambió, también lo hizo su tolerancia.

Pero ¿qué significan estos siglos de dominio musulmán? Que España, la Península Ibérica, vuelve a convertirse en una tierra *excéntrica*, “fuera

del centro”. Además, esta vez, sí es tierra de fronteras, porque los musulmanes cruzan los Pirineos pero son derrotados por Francia, así que tienen que volver y queda establecida, justamente al norte de la Península, una frontera que, como todos sabemos, poco a poco, irá bajando. El caso es que, como ya he mencionado arriba, los primeros 300 años de dominio musulmán (entre el año 700 y el 1000) fueron relativamente pacíficos y de bastante esplendor cultural, sobre todo, en la época del Califato, en Córdoba, en la época de los Abderramanes, especialmente, con Abderramán III. Efectivamente, este monarca, que gobernó 60 años sobre un 85% de la Península Ibérica, tiene muchísima relevancia, y, sin embargo, nadie le ha dedicado una estatua en la Plaza de Oriente, porque no fue rey de España ¿Y por qué no fue rey de España? Evidentemente, porque no era cristiano. Así que vean ustedes qué jugarretas nos hace el nacionalismo: un señor que dominó tanto territorio durante tantísimo tiempo no fue rey de España porque no tiene una característica que nosotros le exigimos al pasado para que lo podamos considerar español; en cambio, otro señor, Ataulfo, que sólo estuvo dos meses y murió en Barcelona sin haber conocido nada más que su frontera es el primer monarca del país. Ni que decir tiene que, entonces, estas interpretaciones nacionalistas son una fuente constante de errores.

Cuando Abderramán III recibió al embajador del emperador Otón en el palacio de Medina Azahara, éste le dijo: “Yo te saludo, oh, rey de Al-Ándalus, a la que los antiguos llamaban ‘Hispania’”. Ésta es la mejor muestra para comprobar que era monarca, pues así era considerado y así se veía él mismo. Y la mejor forma de averiguar cuáles eran sus pensamientos acerca del territorio que dominaba es la siguiente: ¿saben ustedes cómo llamaban los musulmanes a esos pequeños núcleos de resistencia que había en la Cordillera Cantábrica y a los que apenas daban importancia? Les llamaban “francos”, según atestiguan los documentos de la época. Con dicha denominación, se referían, como digo, a esos pequeños reinos del Norte que estaban protegidos, en el caso de Navarra y de la Marca Hispánica, de Cataluña, por la monarquía francesa; el resto era, para ellos, su “España”. Sin embargo, como de costumbre, el nacionalismo ha tergiversado los argumentos hasta el punto de invertir los términos. Así, por lo general, tendemos a pensar que España eran precisamente esos pequeños reinos del Norte y que los del Sur eran los invasores extranjeros.

No obstante, tanto ésta como las anteriores incorrecciones comenzaron a cometerse mucho antes, ya lo dejaba entrever en párrafos anteriores; concretamente, en el primer milenio después de Cristo, es decir, hacia el año 900, de manos de esos monjes y obispos de los que ya he hablado brevemente, de los encargados de escribir las crónicas medievales de los reinos cristianos del Norte y contarles que sus reyes fueron los continuadores del antiguo reino visigodo, legítimo dominador de Hispania, que vio arrebatados sus territorios por unos invasores extranjeros, los musulmanes, sin ningún derecho a entrar en la zona porque eran unos infieles. Precisamente en esa idea de “vamos a reconquistar un territorio que es nuestro” (cuando lo que se hizo fue, en realidad, una guerra de conquista hacia el Sur) se basará la posterior Reconquista. Todos los reinos del Norte, asturianos, navarros, catalanes, dan por supuesto que el territorio les pertenece a ellos y se declaran herederos de los reyes visigodos, lo que no deja de ser curioso teniendo en cuenta que, si hubo una zona que éstos no consiguieron dominar, fue las montañas de la Cordillera Cantábrica. Es decir, se declaraban sucesores cuando habían sido unos rebeldes ingobernables (ni siquiera los musulmanes se acercaron a ellos). Por tanto, hemos asistido, a lo largo de la Historia, o, mejor dicho, a través de sus claves interpretativas, a una legitimación goda sin fundamento.

Y no sólo a ésta, sino también a una legitimación religiosa, misteriosa, milagrosa, en torno a la tumba del apóstol Santiago. Aparece a comienzos del siglo IX, es decir, unos 800 años después de que hubiera muerto el apóstol, que si, por lo general, ya es mucho tiempo, en una época en la que no se conservan testimonios escritos que hablaran de su labor de predicador del cristianismo en la Península Ibérica, es mucho más. Hubo otras historias acerca de la primera predicación cristiana, pero la de Santiago surge bastante tarde con respecto a la época en la que vivió este apóstol. El caso es que, a principios de dicho siglo IX, unos pastores aseguraron haber visto brillar, por las noches, en un campo, unas luces milagrosas. Posteriormente, este hecho fue respaldado por el rey Alfonso II *El Casto*, que tenía ciertos problemas de legitimidad, haciendo construir allí una primera iglesia, y también por los sucesivos monarcas, el obispo de la zona, etc. Sin embargo, la leyenda de Santiago, el hecho de que el único cuerpo entero de un apóstol directo de Cristo, de un discípulo directo de Cristo, aparte del cuerpo de San Pedro, en Roma, está enterrado en Santiago, tardará más

de 300 años en ser aceptada ¿Por qué fue finalmente aceptada? La Edad Media fue una época muy crédula en la que existía una vasta milagrería, pero eso no significaba que fuera fácil aceptar una cosa de este tipo, sobre todo, tratándose de algo tan ambicioso como el cuerpo entero de un apóstol. De hecho, los primeros interesados en no aceptarlo fueron los otros obispados; el arzobispado de Toledo, en concreto, se seguirá resistiendo, aun a sabiendas de que la leyenda está totalmente aceptada por el resto, porque se considera Primado de España y estima que una serie de rentas que llegan a Santiago en virtud de voto deben dirigirse a su arzobispado. O sea que, incluso dentro del propio ambiente eclesiástico, había serias críticas a quienes pretendían hacer creer esta serie de actos milagrosos.

Si lo del misterio de Santiago acabó aceptándose fue porque un rey castellano, Alfonso VI, comenzó a buscar apoyo en la orden de Cluny, en Francia, la gran rival de Roma puesto que intentaba renovar la institución eclesiástica que ésta había impuesto. Este monarca casó a sus dos hijas con dos hijos del duque de Borgoña, protector de dicha Orden, se trajo a una serie de monjes franceses a los que nombró preladados de los distintos obispados del norte de España, también trajo arquitectos que le construyeron maravillosas iglesias románicas, el estilo que imperaba en Francia, y empezó a propagar la idea del Camino de Santiago puesto que el cuerpo del apóstol, supuestamente, se encontraba allí. Entonces, cuando la orden de Cluny acabó incluyendo a uno de los suyos en el Vaticano, el Papa acató esa leyenda y la propuesta del monarca. Así nace, por tanto, “el camino francés”, como se le conocía anteriormente, ya que es una propuesta francesa. (No es de extrañar, entonces, que, en el mismo centro de París, estén los restos de la iglesia de Saint Jacques, en concreto, de su torre, así como la *rue*, la *calle*, de Saint Jacques, que, naturalmente, va hacia el sudoeste de España.)

La figura de Santiago reaparecerá a finales del siglo XI, comienzos del XII, y lo hará bajo la efigie de un guerrero, ya que así conviene para llevar a cabo la empresa bélica contra los musulmanes. Es a partir de ese momento cuando se le empieza a dibujar montado sobre un caballo blanco, en medio de las nubes y atacando a los árabes. Sin embargo, por lo poco que sabemos de él, era un pescador galileo a quien nunca se le vio montar a caballo, ni mucho menos coger una espada, y que, según los *Hechos de los apóstoles*, es el primero de ellos en morir. Exactamente, muere ejecutado, decapitado,

por Herodes en Jerusalén, diez u once años después que Cristo. Así que es totalmente imposible que, en ese tiempo, llegara al otro extremo del Atlántico, evangelizara la Península, se desanimara, recibiera la visita de la Virgen, volviera a Jerusalén, fuera matado allí y, para colmo, estuviera enterrado en Galicia. Demasiado irreal para ser creíble. No obstante, lo único importante era tener suficientes apoyos institucionales, que es lo que acaba teniendo.

De esta manera, a medida que pasa el tiempo, incluso la idea de identidad española comienza a girar alrededor de este apóstol protector, a quien se le llama “Santiago el Mayor” y del que se dice, según algunas descripciones medievales, que es hermano gemelo de Cristo (por eso se le dibuja como tal en algunas pinturas), por lo que es prácticamente Cristo el que se está enfrentando a Mahoma, el mito guerrero del otro lado, de la *yihad*, de la *guerra santa* de los musulmanes, cuando aparece, en los cristianos, la idea de las cruzadas. Entonces es, también, cuando realmente cuela la leyenda que, hasta ese momento, no se aceptaba. Y todo tiene su porqué: si anteriormente no se había abierto camino, era porque el cristianismo original había sido una religión básicamente pacifista (de hecho, costó mucho trabajo que los cristianos se integraran en el ejército romano y aceptaran la idea de que, para defender a su comunidad, debían usar la espada), pero, para el siglo XI, la situación había cambiado considerablemente y era el propio papado el que lanzaba la idea de cruzada para reconquistar Jerusalén. España se hizo eco de los vientos de reconquista y adoptó el mito de Santiago, convirtiéndolo en símbolo nacional. Así, cuando llegue el momento supremo de la conquista de América frente al inca, Francisco Pizarro dirá: “Santiago y cierra España”. E igualmente desempeñará un papel muy importante durante la guerra de 1808 contra los franceses, quienes, curiosamente, se revolverán en contra del mito que ellos mismos habían inventado y apoyado.

Pero pongamos punto y final a la Edad Media y fijémonos en lo que ocurre a comienzos de la Edad Moderna. A finales del siglo XV, comienzos del XVI, ocurre algo muy importante: Fernando e Isabel contraen matrimonio y unen, así, los tronos de Castilla y Aragón (no obstante, no alcanzan la unidad nacional, como gustaban afirmar los nacionalismos), aunque nada es tan simple como parece. Para empezar, Isabel no era la heredera original del trono de Castilla. Su hermano, el rey Enrique IV

*El Impotente*, adivinen ustedes por qué, no tenía descendientes. Su única hija reconocida, Juana, era producto, o eso decían los partidarios de la hermana del rey, de los amores de su esposa con don Beltrán de la Cueva, de ahí que la llamaran *La Beltraneja*. Así que las dos candidatas al trono, hermana e hija, Isabel y Juana, respectivamente, eran mujeres. Por otro lado, los otros dos grandes reinos de la península, Portugal y Aragón, estaban representados por dos príncipes a los que interesaba casarse con alguna de estas dos; en concreto, al bando portugués, le interesaba Juana *La Beltraneja* y, al bando aragonés, Isabel. Esta última fue más rápida y se casó con Fernando de Aragón falsificando unos documentos, ya que ambos eran primos y no se podían casar sin la dispensa papal. Digamos que fue todo un matrimonio de conveniencia; Aragón ganó la guerra contra Cataluña gracias al apoyo castellano, a su casamiento con Isabel, por lo que, en contra de lo que muchos piensan, no hubo una absorción de Aragón por parte de Castilla, sino, más bien, todo lo contrario. La verdad es que ambos cónyuges fueron dos políticos muy hábiles, y así lo demostraron al organizar un formidable ejército, emprender, con un pretexto sutil, la guerra contra el reino de Granada y, posteriormente, conquistarlo. Además, un tiempo más tarde, tuvieron la fortuna de toparse con un navegante aventurero que creía que el mundo era mucho más pequeño de lo que es y que podría llegar a las Indias navegando hacia el Oeste, gracias a lo que, sin él saberlo, se encontró con un continente lleno de riquezas que, poco a poco, fueron llegando al reino castellano-aragonés.

Cuando murió Isabel, Fernando, que sabía muy bien lo que valía un matrimonio, decidió aprovechar su viudedad y casarse con una de las candidatas al reino de Navarra. De nuevo, la situación era muy complicada, así que mandó un nuevo ejército y se apoderó del territorio navarro, consiguiendo, de resultas, toda la Península ¿Tenía éste una idea de unificación? En absoluto; lo único que querían tanto él como su mujer era tener el mayor número posible de reinos, no unir España. Si llevaron a cabo dicha unión, fue de casualidad, a base de unir y unir, (salvo Portugal, claro); sólo eso explica que controlaran territorios tan dispares (incluso italianos), con legislaciones diferentes, con monedas distintas, incluso con aduanas dentro de los reinos. Desde luego, de unión nacional, nada. El concepto de *nación*, de *estado*, no existía; era una monarquía resultante de la aglomeración de reinos y de señoríos que, gracias a una confluencia

de circunstancias, llega a convertirse en hegemónica en Europa, en una monarquía poderosísima. Precisamente a partir de ahí comienza a surgir el mito de España y de lo español.

En ese contexto, surgen la gran cultura y la literatura áureas, ésta, ya, en castellano, en su inmensa mayoría. En esos momentos, surgen los grandes poetas y dramaturgos, el gran novelista Cervantes, una situación, en definitiva, de la que comienzan a sentirse especialmente orgullosas las elites castellanas, incluidos los portugueses, que acaban siendo absorbidos por Felipe II, o los catalanes, que hablan castellano como lengua de la unión. Realmente, es una monarquía durante la que, aun no teniendo una cultura oficial y poseyendo funcionarios, por ejemplo, que se expresan en distintos idiomas, el castellano se va imponiendo como la lengua fundamental y, para los siglos XVI y XVII, el panorama cultural se convierte en lo mejorcito a escala universal. No obstante, muy pronto entrará en decadencia; apenas dura dos reinados o tres, un siglo. El esfuerzo era excesivo; estaba manteniendo demasiados frentes abiertos en Europa y los recursos extraordinarios que le llegaban de América no eran suficientes. No había suficiente población masculina en la Península como para mantener tantos ejércitos, con lo cual, toda ella se despobló, sobre todo, el reino de Castilla, que era el que más sufría las exaltaciones de hombres y dinero. Así, entró en una crisis bastante fuerte a finales del reinado de Felipe II, y mucho más a medida que avanzaba el siglo XVII, por lo que esa primera forja de identidad alrededor de la cultura castellana también estuvo teñida de un cierto halo de sufrimiento. Por una parte, dominábamos a otros y éramos los mejores, pero, por la otra, teníamos grandes problemas. Y eso se refleja en el panorama cultural; hay toda una literatura de la decadencia a lo largo de aquel siglo.

Ya en el siglo XVIII, llega la dinastía de los Borbones, que emprende, nuevamente, una tarea de centralización. Ésta, por fin, consistirá en construir no un Estado nación, mas sí un estado centralizado en el que, al menos, los distintos reinos no tengan privilegios, no tengan distinto tratamiento legal, fiscal o administrativo. Poco a poco, a lo largo del periodo dieciochesco, cada vez hay más centralización, y, en la última parte de éste, bajo el reinado de Carlos III, empiezan a surgir claras expresiones de lo que pudiéramos llamar un nacionalismo moderno, lo que no quiere decir, ¡ojo!, que esta ideología esté plenamente construida, como se empeñan en

señalar algunos autores. Simplemente es que, en representantes de aquella época, como Cadalso o Jovellanos, ya se empiezan a vislumbrar algunos conceptos propios de quien concibe el territorio como nación. Ahora bien, lo que no podemos asegurar –y da la impresión de que no ocurrió– es que esas expresiones calaran en la masa de la gente y éstas llegaran a tener una conciencia nacional como españoles.

A comienzos del siglo XIX, y debido a la invasión napoleónica, hay una rebelión generalizada contra los ejércitos franceses. Suele describirse como espontánea, muy mayoritaria, desde luego, entre las capas populares ¿Es esto una expresión de nacionalismo, de conciencia nacional, española? Es muy dudoso; más bien parece, según los últimos estudios, una expresión de conciencia localista y de protesta contra las injusticias y las barbaridades cometidas por las tropas francesas a medida que iban pasando por los sitios. En realidad, lo que había era mucho odio contra nuestros vecinos, y, sin ser españolismo, el tener enemigo fue algo muy bueno, así lo es siempre, para cultivar los nacionalismos, como todo el mundo sabe. Entonces, por un lado, partiendo del hecho de que hay una explosión antifrancesa, sí podríamos afirmar que cierto fenómeno nacionalista había surgido; sin embargo, por otro lado, teniendo en cuenta que es una protesta promovida fundamentalmente por el clero, sobre todo, por los párrocos rurales, imbuidos de una ideología antiilustrada y antirrevolucionaria (“estos franceses ateos vienen a quitarnos nuestra religión y nuestras tradiciones”, pensarían), tendríamos que descartar dicho tinte de nacionalismo. En definitiva, lo que no nos permite hablar de un sentimiento nacional pleno es que está muy mezclada la religión en todo esto, aunque ella también sea un componente, y muy importante, de la nación.

En aquellos primeros momentos de revuelta, no se concibió que ésta fuera la famosa guerra de la Independencia; eso se inventa mucho más tarde. Lo que sí es cierto es que, en medio de esa revolución, las elites intelectuales se refugian en la única ciudad que queda libre de las tropas francesas, en esa peninsulita casi imposible de conquistar por tierra que se llama Cádiz. Y precisamente la llegada de la intelectualidad será el poso de la posterior elaboración de la primera Constitución. Además, a la lista de reformas legales emprendidas, le acompañará la defensa de toda una mitología nacional. La lucha será tomada como algo necesario para preservar la identidad y la idea de nación española frente a los invasores

extranjeros. Se comienza a pensar que dicha nación española es la dueña de este país, que, a pesar de que los Borbones hayan cedido su corona a Napoleón y éste les halla nombrado hermanos suyos, en principio, no tienen derecho a hacerlo porque la nación no pertenece a la familia real, sino a los españoles. Así que, como vemos, ya es innegable la existencia de una conciencia nacionalista. Precisamente en ese punto, empieza mi libro.

Por tanto, ¿qué ocurre en el siglo XIX? Suceden básicamente tres cosas. La primera es que las elites intelectuales, modernizadoras y liberales quieren democratizar el país, independizar a la administración de la Iglesia, por ejemplo, y, para ello, hacen toda una reformulación de la cultura en términos nacionales. En pintura, pongamos por caso, todo lo que antes se veía como hazañas realizadas por grandes familias, sin más, ahora, va a ser pintura española que cuenta las glorias de los visigodos, o de tales o cuales monarcas de la Edad Media. Asimismo, la Historia no es otra que la historia de España, y entonces es cuando surge una verdadera proliferación de libros que nos hablan de ésta. En literatura, naturalmente, española, se escribirá, ya definitivamente, en lengua castellana, y sus argumentos se centrarán en las glorias del pasado. En música, el asunto es más difícil; había música excelente durante el siglo XVIII, pero ésta pertenecía a compositores italianos que estaban en la corte del Rey, y esto, en el siglo XIX, no se puede soportar. El nacionalismo no consiente que tengamos un músico italiano como músico de la corte, es absolutamente necesario tener música española; así que se pasan todo el siglo intentando buscarle una identidad propia hasta que, finalmente, entre los siglos XIX y XX, aparecen unos cuantos músicos becados en el extranjero, en Roma, en París, en Berlín, del talante de Albéniz, Granados, Falla, etc. Prácticamente todos ellos se dedican a escribir una música básicamente andalucista, con reminiscencias de la Alhambra, con muchos elementos moriscos; por tanto, ahí está lo que tanto se había buscado. En cuanto a la arqueología, aunque ustedes supongan que es una ciencia y poco o nada tenga que ver con la nación, por supuesto, también debía ser española ¿Y qué se ponen a excavar? Numancia y Sagunto. En la primera, en concreto, la Real Academia de la Historia llega incluso a quitar a un grupo alemán que ya estaba allí, excavando, para poner en su lugar a un egiptólogo español (fíjense lo que podría saber un egiptólogo de esto). Y con respecto a la antropología, también se toman medidas y se empiezan a buscar cráneos que identifiquen una raza, algo

que les permita justificar la existencia, desde antiguo, de una identidad, tal y como harán los vascos en nuestros días, si se dan cuenta.

La segunda cuestión es que la Derecha española se muestra claramente reticente a la idea de nación, pues era un invento revolucionario. Así, mientras ésta decía: “De ninguna manera. En este país, la autoridad es de Dios, y Dios se la da al monarca”, los revolucionarios afirmaban: “La autoridad viene de abajo. El país es del pueblo”. Donoso Cortés, por ejemplo, dice claramente: “La nación es un mero nombre. Los que adoran a la nación adoran a un nombre, son unos nominalistas”. Incluso algún cura carlista hay que entra en los pueblos al grito de “¡Viva la religión!” o “¡Viva el Rey! ¡Abajo la nación!”. Por cierto que, en la primera guerra carlista, las tropas liberales anticarlistas son llamadas “los nacionales”, con lo que queda bien patente que lo de nación era una idea de izquierdas, al menos, al principio. Lo curioso es que, a lo largo de ese siglo XIX, esa derecha que se agarraba a la religión para mantener las estructuras heredadas acabará aceptando la idea de nación siempre que ésta sea, eso sí, igual al catolicismo. Menéndez Pelayo acabará por rematar, a fines del XIX, la construcción de lo que luego se acuñará bajo el término de *nacional catolicismo*, el segundo gran fenómeno de dicho siglo.

El tercero consiste en que el Estado, España, se ve asediado por una serie de problemas políticos y económicos que lo reducen casi a la impotencia. Hay constantes revoluciones, cambios de régimen, faltas de legitimidad, de recursos. Está permanentemente endeudado, agobiado, intentando pagar los intereses de su deuda el año próximo, y, por tanto, no puede construir carreteras, escuelas, buenos servicios públicos como hospitales, etc. Así que, de resultas, no pueden integrar a la sociedad en términos nacionales. Ni siquiera pueden difundir esos grandes mitos nacionales que los intelectuales habían ido construyendo; esa historia de España, la literatura, la música y todo lo demás. Con lo que los españoles de finales del siglo XIX tienen unos mitos nacionales contruidos que sólo las capas cultas, una minoría, tienen asumidos; los estratos sociales populares no han ido a la escuela, no han aprendido la lengua castellana (a diferencia de lo ocurrido en Francia, donde, a finales del siglo XIX, se consigue implantar una educación general obligatoria, laica, estatal y, por supuesto, en francés; en el francés parisino, como es lógico). Así llegamos, entonces, a 1898, año en el que la pérdida de Cuba supone la gota que colma el vaso, la última demostra-

ción de impotencia por parte de ese Estado, que demuestra no estar a la altura de Francia, Inglaterra o Alemania, en esos momentos, en expansión. Efectivamente, el Estado español pierde sus últimas colonias cuando los demás están dominando el mundo. Se llega al culmen de la crisis. Y ahí es donde termina mi libro, titulado *Mater Dolorosa* precisamente porque la patria que queda es una patria doliente, como la madre que pasa sus últimas horas de vida en un lecho, que ha llamado a sus hijos para, antes de expirar, decirles: “¿Cómo me podéis abandonar así?”.

No obstante, a pesar de que el texto termine a principios del XX, sí me gustaría acabar la conferencia dándoles un par de pinceladas sobre el tiempo que nos ha tocado vivir. En principio, en los primeros años, se respira un ambiente regeneracionista, necesario para salir de la crisis como sea. Hay que construir pantanos, carreteras, escuelas, etc. En definitiva, de lo que se trata es de ponerse al nivel de Europa, cosa que preocupa tanto a los gobiernos liberales como a los conservadores de los primeros veinte años de siglo; esto es, tanto a la dictadura de Primo de Rivera como a la Segunda República o el franquismo. Todos ellos tienen ese ambiente regeneracionista en común, como punto de partida, y la verdad es que, a lo largo de esos 100 años, se han cumplido las expectativas: la transformación del país ha sido impresionante. Sin embargo, no hay que olvidar la gran crisis política de los años 30, que acaba degenerando en la Guerra Civil (de 1936 a 1939), consecuencia, en parte, de ese mismo desarrollo del primer tercio del siglo. De repente, se había creado una España tan urbana, creativa y laica que entraba en un contraste muy violento con la España rural, todavía en manos de los caciques. Pues bien, serán precisamente esas dos Españas las que se enfrenten en la posterior Guerra Civil; las ciudades quedan en manos de la República y el campo queda en manos de Franco. Con la victoria de éste, volveremos a la modernización, ya que, aun por caminos bastante absurdos, liberalizando la economía y utilizando un mayor raciocinio, consigue ir quemando etapas satisfactoriamente. Ahora bien, lo que también consigue hacer es desprestigiar el nacionalismo español, que éste quede asociado –parece que definitiva y radicalmente– a una dictadura militar brutal, al atraso, a la excepción con respecto a Europa, etc. Aunque, fíjense qué curioso, la Oposición, que tiene como núcleo una cultura marxista, del proletariado, también cuenta con los nacionalismos alternativos al español, fundamentalmente, con el vasco y el catalán, que

entonces se presentaban como la personificación de lo democrático, de lo moderno, de lo europeo. De ahí esa ambigua base sobre la que se asienta la construcción del edificio político posterior al franquismo, de ahí, también, los problemas que nos han asediado en los últimos 30 años.

A pesar de todo, lo que les he contado no es la historia de un fracaso, sino de un éxito, porque, en definitiva, esta nación, Estado, territorio o como quieran llamarla ha pervivido a través de los siglos. De hecho, es de las unidades más antiguas de Europa. Sé que si ustedes piensan en las fronteras que establecieron los Reyes Católicos, me responderán que no siempre ha sido un Estado nación, pero, aun así, dichas fronteras eran prácticamente las mismas de ahora, lo que es todo un prodigio teniendo en cuenta la tremenda inestabilidad fronteriza que ha habido siempre en Europa. Un prodigio que dura ya 500 años y que, sin embargo, soy consciente de ello, tiene ciertos problemas que todos conocemos y que el País Vasco, en concreto, sufre más directamente. Sea como fuere, ésta es la historia de la identidad española y de su intento de adaptación al mundo de las naciones.